

19/01/1992

Página/12

el país a diario

Director: Jorge Lanata

Editor Responsable: Fernando Sokolowicz

CONTRATAPA *Página 12* 19/1/92

▲ Todos los analistas políticos de Estados Unidos, aun los más conservadores, vaticinan que George Bush corre serio peligro de perder su reelección el próximo 10 de noviembre. Los malos vientos ya soplaban para él antes de que se desvaneciera en Tokio y vomitara en las piernas del primer ministro japonés. A la sombra de un deterioro económico inocultable han comenzado a crecer los destellos —todavía leves— de algunos precandidatos demócratas: el gobernador Bill Clinton, de Arkansas; el senador Bob Kerrey, de Nebraska; y el ex senador Paul E. Tsongas, de Massachusetts.

Los electores parecen desconfiar de Bush cada día más y vuelven los ojos hacia cualquier tabla de salvación que aparezca en el horizonte. Después de una década de ilusiones perdidas, están ávidos de creer en algo o en alguien. Una encuesta nacional entre casi 1400 votantes, ordenada por *The New York Times* y la cadena CBS, reveló a comienzos de enero que el 67 por ciento desaprueba el manejo de la economía y otro tanto se queja de que Bush gasta demasiado tiempo en atender los asuntos internacionales, mientras el 81 por ciento —un índice abrumador— considera que la situación económica va mal.

La desesperanza se siente en el aire. En las universidades y en los hospitales no se cubre la mayoría de los empleos vacantes, lo que recarga de trabajo a los profesionales ya contratados y daña la calidad de los servicios. Highland Park, una comunidad de 13 mil habitantes situada a cuarenta kilómetros del sudoeste de Nueva York, recortó en un millón de dólares su presupuesto educativo para 1992. Medio millar de niños quedará sin asiento en las escuelas públicas cuando las clases se reanuden el próximo setiembre. El enorme instituto de fusión nuclear de la Universidad de Princeton despidió a la mitad de su personal calificado y debió paralizar los trabajos en sus reactores experimentales, que ya estaban a punto de obtener energía controlada. Eso permitió que los ingleses se les adelantaran en Oxfordshire y sembró una oscura inquina en la comunidad científica. Aunque las encuestas políticas suelen errar el blanco en Estados Unidos —como lo sufrió en carne propia el candidato Thomas Dewey cuando compitió contra Harry Truman en 1948—, todo induce a suponer que el triunfo electoral podría escurrirse esta vez de las manos republicanas.

Cualquiera sea el resultado, los años por venir no serán fáciles para la Argentina. Si gana, Bush se verá obligado a desviar hacia el frente interno todos los recursos que ahora se distraen en el exterior. Una de las estrategias en marcha le aconseja firmar de una vez el Tratado de Libre Comercio con México y Canadá y volver las espaldas a los demás países de América latina. Sólo Chile y Cuba —si por azar se produce la caída de Fidel Castro— podrían contar con alguna tibia asistencia. Si el presidente es derrotado, de todas maneras los demócratas dejarán a la Argentina librada a su suerte. Cualquier observador realista puede advertir ahora que, con un incierto horizonte de paz en Europa, un déficit abrumador y una desoladora balanza comercial con el Japón, los administradores norteamericanos no pueden perder el tiempo con aliados pequeños. Necesitan



EL PAÍS A DESTIEMPO

Por
Tomás Eloy Martínez

mantener el país a flote y todas las energías se les van en eso.

Hace menos de un año que la Argentina anunció formalmente su alineación con Estados Unidos. En términos militares, la decisión es clara para el destino nacional. Significa que nos comprometemos a considerar como propio cualquier conflicto armado en que se embarque Estados Unidos, y a colaborar con armamentos o con sangre, como ya sucedió en la guerra con Irak. En términos económicos, la situación es más difusa. La Argentina no figura entre las prioridades nacionales de Estados Unidos, y nada indica que los bancos o el Tesoro podrían prestarnos, en pago por nuestra alianza, más ayuda de la que tendríamos si fuéramos un país indiferente. Si la alineación se hubiera declarado en 1916 o en 1941, cuando el ascendente poderío norteamericano necesitaba que todo el continente se plegara a "la causa de la democracia", habríamos disfrutado de beneficios económicos sustanciales en las sucesivas posguerras. Ahora, en 1992, con el Este europeo en situación de colapso, la alineación

confiere a la Argentina serias responsabilidades y ninguna ventaja.

Uno de los más inteligentes abogados de la alineación es el sociólogo Carlos Escudé, quien ha expuesto sus ideas sobre el carácter nocivo de la neutralidad argentina en, por lo menos, tres libros notables: *Gran Bretaña, Estados Unidos y la declinación argentina* (1983), *La Argentina vs. las grandes potencias. El precio del desafío* (1986) y *Patología del nacionalismo* (1987). La tesis de los tres libros es como la "apuesta" de Pascal: hay que creer en Dios porque, si Dios existe, la fe puede salvar el alma, y si no existe, no se pierde nada. O, dicho de otro modo: ya que el destino nacional está inevitablemente unido al de Estados Unidos, resistirse a esa evidencia sólo puede traernos problemas. Por no plegarnos a Estados Unidos en los albores de la Segunda Guerra, "la Argentina se quedó sola en el mundo" y fue sometida —por Estados Unidos, claro está— a "un proceso de severo boicot económico y desestabilización política".

No tener claro cuál es su lugar en el mun-

do impulsó a la Argentina —advierte Escudé— a embestir ciegamente contra las grandes potencias, negándose a ratificar el tratado de Tlatelolco para la proscripción de armas nucleares en América latina, desconociendo el arbitraje sobre el Beagle e invadiendo las Malvinas. A nuestra obcecación y a nuestra arrogancia deberíamos entonces, en gran parte, nuestra actual decadencia.

Desde su posición como asesor del canciller Guido Di Tella, Escudé ha trabajado arduamente para enmendar ese pasado. Ya que no tenemos otra salida que cobijarnos a la sombra de Estados Unidos —tal es su tesis—, hagámoslo cuanto antes.

¿No hay otra salida? Acaso el error de la política exterior argentina haya sido no la falta de alineación sino la alineación a destiempo. El gobierno militar declaró la guerra al Eje en marzo de 1945, cuando la suerte ya estaba echada y no había modo de aplacar la inquina norteamericana. El país agachó la cabeza, pero igual recibió el castigo. Lo que sucedió en 1982, en cambio, fue un error de cálculo: la dictadura de Galtieri supuso que si ofrecía hacer el trabajo sucio contra las guerrillas de América Central, Estados Unidos podría volverle las espaldas a Gran Bretaña, su aliado más férreo en la OTAN. Nos aceptaron el trabajo sucio, y eso fue todo.

Algo que nuestra diplomacia suele perder de vista es que Estados Unidos no hará nada por la Argentina —ni por ningún otro país— que no convenga estrictamente a sus intereses nacionales. Y en este momento sus intereses nada tienen que ver con nosotros. Tienen que ver con la recesión interna, con la venta de automóviles norteamericanos a Japón, con las conversaciones de paz en Medio Oriente, con las próximas jugadas de Yeltsin y de los chinos. No figuramos en sus pensamientos ni podríamos obtener la menor ventaja de alineación alguna, por incondicional que sea.

Ⓣ Más allá de alguna ocasional alusión a la estabilidad económica y a las estelas negras de la corrupción, los diarios norteamericanos se ocupan sólo esporádicamente de la Argentina. De todas las noticias que nos atañen, la única que en los últimos dos meses ha conmovido de veras a los lectores de Washington y Nueva York es el asilo otorgado en Toronto, Canadá, al homosexual cordobés Jorge Alberto Inaudi, quien acusó a la Policía Federal argentina de haberlo "violado, torturado" y de mantenerlo en estado de continuo terror.

Ⓣ En un país donde la homosexualidad no es una lacra sino un atributo inherente a la persona —tanto como ser negro, hijo de argentinos o sacerdote católico—, las historias narradas por Inaudi suscitaron escándalo y fortalecieron la vieja idea de que aún somos una nación bárbara. "¿Es verdad que las leyes argentinas permiten a la policía detener indiscriminadamente a los homosexuales?", me preguntó, incrédula, la secretaria de un senador republicano. "¿Y eso por qué?" "Por la misma razón que nos impidió hasta 1986 contar con una ley de divorcio", respondí. Lo que puede resultar natural entre nosotros es incomprensible en Estados Unidos, y a la inversa. A los ojos de Washington, seguimos siendo bárbaros, y no hay alineación que corrija esas cosas.